

Informe sobre la Nueva Política Económica soviética y las perspectivas de la revolución

León Trotsky

14 de noviembre de 1922

(Tomado de Trotsky, Bujarin, Preobrazhensky, Kámenev, Lapidius y Ostrovitianov, *El debate soviético sobre la ley del valor*, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1974, páginas con traducción de Miguel Bilbatua sin fuente, páginas 21-74. Informe pronunciado el 14 de noviembre de 1922 ante el IV Congreso de la Internacional Comunista. Versión alternativa en L. Trotsky, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, páginas 520-547 del formato pdf, en nuestras [OELT-EIS](#))

<i>El período de la guerra civil</i>	1
<i>Condiciones para la construcción socialista</i>	4
<i>El comunismo de guerra</i>	5
<i>La Nueva Política Económica (NEP)</i>	8
<i>Las formas y los recursos de los dos campos</i>	12
<i>Criterio sobre la productividad del trabajo</i>	17
<i>La crítica socialdemócrata</i>	19
<i>La situación mundial y las perspectivas revolucionarias</i>	22

El período de la guerra civil

La tarea principal de todo partido revolucionario es la conquista del poder. Si empleamos la terminología filosófica del idealismo, la tarea de la II Internacional era considerada simplemente como una idea reguladora; es decir, que mantenía escasa relación con la práctica. Sólo en estos últimos años hemos aprendido, a escala internacional, a convertir la conquista del poder político en una meta revolucionaria práctica. La revolución rusa ayudó a ello en gran medida. Que, en Rusia, pueda darse una fecha (25 de octubre-7 de noviembre de 1917) en la cual el partido comunista, a la cabeza de la clase obrera, arrancó el poder de las manos de la burguesía, prueba que la conquista del poder no es una “idea reguladora” para los partidarios de la revolución, sino una tarea práctica. El 7 de noviembre de 1917 nuestro partido ha tomado el poder. Muy pronto se comprendió que esto no significaba el final de la guerra civil. La guerra civil no se extendió ampliamente en nuestro país hasta después de la revolución de octubre. No se trata simplemente de un hecho de interés político, sino del origen de una lección para el proletariado de occidente. ¿Por qué los acontecimientos siguieron este curso? Se busca la respuesta en el atraso cultural y político de un país que acababa de rechazar la barbarie zarista. La nobleza y la gran burguesía habían adquirido una relativa experiencia política, gracias a las dumas municipales, a los zemstvos, a la Duma Estatal... La pequeña burguesía tenía escasa experiencia política, y aún tenía menos la masa de la población, los campesinos. Por ello las reservas principales de la contrarrevolución (los kulaks, campesinos acomodados, y, a un nivel diferente, el campesinado medio) representaban

este medio amorfo. Únicamente tras haber conseguido aquello de que carecía al perder el poder político, y tras haber puesto en marcha sus núcleos contrarrevolucionarios, la burguesía consiguió poner bajo sus órdenes a las capas del campesinado y de la pequeña burguesía. Entregó, por necesidad, los cargos dirigentes a los elementos más reaccionarios; es decir, a los funcionarios de origen noble. El resultado ha sido un desarrollo intensivo de la guerra civil tras la revolución de octubre. La facilidad con que conquistamos el poder el 7 de noviembre de 1917 fue expiada por los innumerables sacrificios de la guerra civil. En los países en los que el capitalismo es más antiguo, y la cultura está más desarrollada, la situación será, sin duda, profundamente diferente. En estos países, las masas populares entrarán en la revolución con una formación política más avanzada. Ciertamente, la orientación de la pequeña burguesía y de los grupos individualistas en el proletariado continuará oscilando vivamente, y cambiando sus posiciones, pero, a pesar de todo, estos cambios se producirán de un modo mucho menos sistemático que en nuestro país. El presente se desprenderá más directamente del pasado. La burguesía de occidente prepara su contragolpe por adelantado. Sabe, más o menos, de qué elementos dependerá este contragolpe e instruye por adelantado a sus cuadros contrarrevolucionarios. Somos testigos de ello en Alemania, y quizás, si no totalmente, en Francia. Lo vemos igualmente, en sus formas más acabadas, en Italia, donde, a continuación de una revolución incompleta, tuvo lugar una contrarrevolución completa que empleó con éxito algunos métodos y prácticas de la revolución ¿Qué significa todo ello? Sencillamente que será imposible sorprender a la burguesía europea como lo hicimos con la rusa. En efecto, tal burguesía es más inteligente y previsora. No existe tiempo perdido. Todo cuanto puede ser utilizado contra nosotros ha sido ya movilizado. El proletariado revolucionario encontrará por consiguiente en su marcha hacia el poder no solamente a las vanguardias del combate de la contrarrevolución sino también a sus fuerzas de reserva. Solamente aniquilándolas, destruyendo y desmoralizando a las fuerzas enemigas, el proletariado será capaz de tomar el poder del estado. Por consiguiente, la burguesía de vanguardia, tras su derrocamiento por el proletariado, no podrá disponer ya de las reservas poderosas de donde sacaba sus fuerzas con el fin de prolongar la guerra civil. En otras palabras, tras la conquista del poder el proletariado europeo tendrá, muy probablemente, un margen muy superior para un trabajo creativo en los campos económico y cultural que el que hemos tenido en Rusia tras el derrocamiento de la burguesía. Cuanto más difícil y agotadora sea la lucha por el poder menos posible será provocar al poder proletario tras su victoria. Esta proposición debe ser analizada y concretada en lo que respecta a cada país, teniendo en cuenta su estructura social y la sucesión de las etapas del proceso revolucionario. Es evidente que cuanto mayor sea el número de países en los que el proletariado desaloje a la burguesía, más breves serán los sufrimientos de un desarrollo revolucionario en los demás países, y menos inclinada a reiniciar la lucha por el poder se encontrará la burguesía de vanguardia, sobre todo si el proletariado muestra su firmeza a este nivel. Y esto es, por otra parte, lo que hará el proletariado; de este modo podrá utilizar plenamente el ejemplo y la experiencia del proletariado ruso. Hemos cometido errores en muchos campos, incluido ciertamente el político. Pero no hemos dado a la clase obrera europea un mal ejemplo de falta de resolución, de debilidad, y, cuando ha sido necesario ser implacables, de pusilanimidad en la lucha revolucionaria. Esta naturaleza implacable es el más elevado humanitarismo revolucionario, porque, asegurando el éxito, reduce el arduo camino de las crisis. Nuestra guerra civil no tuvo únicamente un carácter militar (aunque lo tuvo también, a pesar de la opinión de estimados pacifistas, comprendidos aquellos que, por error, aún andan perdidos en nuestras filas comunistas). La guerra civil no tuvo simplemente un carácter militar, sino algo más. Tuvo un carácter político. A causa de los métodos de guerra, la

lucha desplegó su fuerza en las reservas políticas, y principalmente entre los campesinos. El campesinado dudó entre el bloque terrateniente-burgués, la “democracia como servidora”, y el proletariado revolucionario. En el momento decisivo, cuando debía realizarse la elección, optó por el proletariado, sosteniéndole no con votos democráticos, sino suministrándole caballos, alimentos y la fuerza de las armas. Ello decidió la victoria a nuestro favor. El campesinado juega un papel gigantesco en la revolución rusa. Y lo mismo ocurre en otros países; en Francia, por ejemplo, donde sigue constituyendo la mitad de la población. Sin embargo, los camaradas que aseguran que el campesinado es capaz de jugar un papel independiente y dirigente en la revolución, en paridad con el proletariado, se equivocan. Si ganamos la guerra civil no fue debido única o primordialmente a causa de la exactitud de nuestra estrategia militar. Nuestra estrategia política era lo que se encontraba en la base de nuestras operaciones militares. No olvidemos que la tarea principal del proletariado era atraer a su lado al campesinado. A pesar de todo, no hemos hecho como el partido socialista revolucionario, el cual, es bien sabido, atrajo a los campesinos con el espejismo de un papel democrático independiente, y les entregó a los terratenientes. Sabíamos que eran una masa titubeante e incapaz de jugar un papel independiente, y aún menos un papel de dirección revolucionaria. Llevando a cabo nuestros actos con resolución, hicimos que los campesinos comprendieran que no tenían más que una elección posible: la elección entre el proletariado revolucionario, por un lado, y los funcionarios, nobles de nacimiento y a la cabeza de la contrarrevolución, por el otro. Si no hubiésemos actuado resueltamente, y si no hubiéramos destruido el compadreo democrático, el campesinado hubiera permanecido sin rumbo, y habría continuado dudando entre los diferentes campos y las diversas sombras de la “democracia”. En tal caso, verosíblemente, la revolución hubiera perecido. Los partidos demócratas y los partidos socialdemócratas (sin duda alguna, una situación similar se producirá en Europa) fueron invariablemente los conductores de la contrarrevolución. Nuestra experiencia, desde este punto de vista, es concluyente. Sabéis, camaradas, que hace algunos días nuestro Ejército Rojo ha ocupado Vladivostok. Esta ocupación liquida el último anillo de la gran cadena de frentes de la guerra civil durante la segunda mitad de este decenio. A propósito de la ocupación de Vladivostok por las tropas rojas, Miliukov, el conocido dirigente del partido liberal ruso ha escrito en su *Paris Jour* algunas líneas histórico-filosóficas que denominaría clásicas. Cito: “Esta triste historia [siempre ha habido una historia triste *-risas*] comienza por una solemne proclamación unánime dentro del frente antibolchevique. Merkulov [era el jefe de la contrarrevolución en el Lejano Oriente] reconoce que los no-socialistas [es decir, los Cien Negros] debían en gran parte su victoria a los elementos demócratas. Pero el apoyo de la democracia [continúa Miliukov] fue utilizado por Merkulov como medio para derrocar a los bolcheviques. De este modo, fue tomado el poder por estos elementos que consideraban a los demócratas como bolcheviques disfrazados.” Este párrafo, que acabo de calificar de clásico, puede parecer banal. En todo caso, no hace más que repetir lo que ha sido dicho por los marxistas. Pero debéis recordar que ha sido dicho por el liberal Miliukov, seis años después de la revolución. No hay que olvidar que realiza en este punto el inventario del papel político jugado por la democracia rusa, en gran escala, desde el golfo de Finlandia hasta las costas del Pacífico. Era lo que ocurría con Kolchak, Denikin y Yudénich, así como durante las ocupaciones inglesa, francesa y americana. Así era el reino de Petliura en Ucrania. A lo largo de todas nuestras fronteras se repitió nuevamente un único y similar fenómeno pleno de monotonía. Los demócratas-mencheviques y los socialistas-revolucionarios empujaron al campesinado a tomar las armas de la reacción y tomar el poder, quitándose totalmente la careta en cuanto los campesinos estuvieron a su lado. A ello sucedió la victoria de los bolcheviques. El arrepentimiento reina entre los

mencheviques. Pero dentro de poco tiempo (en su próxima tentativa) esta misma historia se repetirá en otros lugares de la guerra civil. Podemos estar seguros de que la socialdemocracia repetirá la traición, aunque se encuentre totalmente desacreditada en todos los lugares donde existe una lucha decisiva del proletariado por el poder. El primer trabajo, en todos los países, del partido revolucionario es ser implacable; después, el de “arrepentirse”. Sin embargo, por simple que sea el mecanismo, se encuentra resuelto de una vez para siempre desde el momento en que han sido desplazados los términos al nivel de la guerra civil.

Condiciones para la construcción socialista

Una vez conquistado el poder, el trabajo de construcción, sobre todo en el campo económico, se convierte en el trabajo clave, y también en el más difícil. Su solución depende de factores de muy variado orden y de diferente magnitud. En primer lugar, del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, y sobre todo de la relación recíproca entre la industria y la agricultura. En segundo lugar, de la cultura general y del nivel de organización de la clase obrera en el poder. Finalmente, de la situación política internacional y nacional: es decir, si la burguesía ha sido derrotada decisivamente, o si continúa resistiendo todavía; si las intervenciones militares extranjeras parecen remotas; si la inteligencia técnica se dedica al sabotaje, etc. La importancia relativa de estos factores para la construcción del socialismo sigue este orden. El factor fundamental es el nivel de las fuerzas productivas; luego, el nivel cultural del proletariado; finalmente, la situación política y militar en la que se encuentra el proletariado tras la conquista del poder. Se trata de un orden rigurosamente lógico. En la práctica, la clase obrera, al asumir el poder, se enfrenta inicialmente a las dificultades políticas. En nuestro país hemos tenido los guardias blancos, las intervenciones militares, etc. Luego, nos hemos enfrentado con el insuficiente nivel cultural de los obreros. Finalmente, la construcción económica se encuentra limitada por el nivel real de las fuerzas productivas.

Nuestro partido, una vez en el poder, debía casi siempre continuar sus trabajos bajo la presión de las necesidades de la guerra civil. La historia de la construcción durante los años de existencia de la Rusia soviética no puede ser comprendida únicamente desde un punto de vista económico. Debe ser comprendida inicialmente desde el punto de vista de las necesidades políticas y militares, y sólo después desde el punto de vista de las necesidades económicas. Lo que es racional en la vida económica no siempre lo es en la vida política. Si me veo amenazado por una invasión de guardias blancos, hago volar el puente. Para un economista abstracto es un absurdo, un acto de barbarie; pero no lo es para el político. Reconstruimos, por consiguiente, nuestra economía bajo la presión de la necesidad de asegurar militarmente a la clase obrera.

Hemos aprendido de la más elemental escuela marxista que es imposible pasar de un golpe desde el capitalismo a una sociedad socialista. Nadie puede interpretar mecánicamente los términos de Engels sobre el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Nadie cree que tras la toma del poder puede levantarse una sociedad en una noche. Engels quería indicar una época de transformaciones que a escala histórica mundial significa, entonces, en algún sentido, un “salto”. Sin embargo, al nivel del trabajo práctico, no se trata de un salto, sino de todo un sistema de reformas o transformaciones y promesas detalladas. Es evidente que la expropiación de la burguesía está justificada económicamente, ya que el estado de los trabajadores es capaz de organizar la explotación de las empresas sobre bases nuevas. Las nacionalizaciones que efectuamos en 1917-18 lo fueron en desarmonía total con las condiciones que acabo de citar. Las potencialidades de organización del estado obrero se encontraban muy lejos de la nacionalización total. Es fácil demostrar y comprender que si hubiéramos actuado más prudentemente al nivel

económico; es decir, expropiando a la burguesía a un ritmo racional y gradual, ello habría sido una gran irracionalidad política y una locura por nuestra parte. De hecho, la cuestión se centraba en este punto: bajo la presión de la guerra civil se imponían las nacionalizaciones. Otra política no nos habría permitido celebrar el quinto aniversario de la revolución, en Moscú, con los comunistas del mundo entero. Debemos mentalmente reconstituir las particularidades de cómo ha tomado forma nuestra posición tras el 7 de noviembre de 1917. Si hubiéramos podido entrar de nuevo en el ciclo socialista tras la victoria de la revolución en Europa, la burguesía habría tenido miedo y hubiera sido posible llegar a una entente con ella. Nos habría dejado el control de las grandes empresas, permitiendo a las pequeñas y medianas empresas desarrollarse sobre bases capitalistas privadas. Estas habrían sido más tarde reorganizadas teniendo en cuenta las potencialidades y las necesidades de la organización de la producción. Este orden se encontraba en armonía con la racionalidad económica, pero las necesidades políticas lo hicieron fracasar.

De un modo general, debemos comprender que las revoluciones son la expresión manifiesta de que el mundo en absoluto se encuentra gobernado por la racionalidad económica. Esta es la tarea de la revolución socialista: debe instalar el mundo de la razón en el campo de la vida económica, y, claro está, en el de la vida social. Durante el tiempo en que nos asegurábamos el poder, el capitalismo dominaba todo el mundo (continúa dominándolo en nuestros días). Nuestra burguesía se negaba a creer, en el caso que pudiera hacerlo, que el derrocamiento de octubre era serio y duradero. Después de todo, la burguesía permanecía en el poder en Europa y en el resto del mundo. Pero en nuestro país, hasta los confines de Rusia, quien sobrevivió fue el proletariado.

La burguesía rusa, que nos odiaba, se negó a tomarnos en serio. Los primeros decretos del poder revolucionario fueron acogidos con risas despectivas. Se burlaron y continuaron insaciables. Incluso los periodistas, con una gran desvergüenza, se negaron a tomar en serio las medidas revolucionarias básicas del gobierno obrero. La burguesía pensaba que era una broma trágica, un malentendido. ¿Cómo podía ser posible, en estas condiciones, enseñar a la burguesía y a sus servidores a respetar el nuevo poder si no era confiscándole sus bienes? No habría otro medio para ello. No hubo siquiera una fábrica, un banco, un pequeño comercio, una antesala de abogado que no se transformara en fortaleza contra nosotros. Proporcionaron a la contrarrevolución belicosa una base material y una red orgánica de comunicaciones. Los bancos en esta época mantuvieron a los saboteadores de un modo casi abierto, pagando a los funcionarios en huelga. Por ello exactamente no hemos considerado el asunto en relación con una racionalidad económica abstracta (como lo hicieron Otto Bauer, Márkov y otros eunucos políticos), sino en relación con las necesidades de la guerra revolucionaria. Era necesario destruir al enemigo, privarle de sus fuentes de aprovisionamiento. Incluso aunque ello hiciera mella en la actividad económica, en esta época estábamos obligados a concentrar todos nuestros esfuerzos en la tarea más elemental: dar un apoyo material, incluso en caso de hambre, al mantenimiento del estado obrero, alimentando y vistiendo al Ejército Rojo que defendía al estado en los frentes; alimentando y vistiendo (lo cual era menos importante) a la parte de la clase obrera que permanecía en las ciudades. Esta economía primitiva del estado llegó a resolver sus tareas para lo mejor y para lo peor, recibiendo posteriormente el nombre de “comunismo de guerra”.

El comunismo de guerra

Tres preguntas son muy apropiadas para definir el comunismo de guerra: ¿cómo se consiguió el aprovisionamiento de alimentos?; ¿cómo fueron repartidos?, y ¿cómo fue dirigida la producción de las industrias estatales?

El poder soviético no tenía un mercado libre para los cereales, sino un monopolio basado en el viejo aparato comercial; en poco tiempo, la guerra civil destruyó este aparato. Careciendo de todo, al estado obrero le era necesario improvisar rápidamente un aparato estatal que absorbiera el grano de los campesinos y concentrara el aprovisionamiento. Los recursos fueron distribuidos en la práctica, sin tener en cuenta el trabajo de producción. No podía ser de otro modo. Para establecer una relación entre el trabajo y los salarios es necesario disponer de un aparato de administración económica más perfeccionado y mayores recursos de víveres. En esta época era preciso, fundamentalmente, impedir que los habitantes de las ciudades se murieran de hambre. Se consiguió gracias a raciones fijas de alimentos. La confiscación de los excedentes de granos de los campesinos y el reparto de raciones no eran medidas propias de una economía socialista, sino de una fortaleza asediada. Bajo ciertas condiciones, por ejemplo, la repentina erupción de la revolución en occidente, la transición de un régimen de fortaleza asediada a un régimen socialista se hubiera visto facilitada, y pronto se hubiera extendido a otros niveles. Nos adelantamos al hablar de esto en este momento.

Sea cual fuere el motivo principal del comunismo de guerra, ¿existe en lo que se refiere a la industria? ¿Y en qué consiste? Toda economía puede crecer si existe cierta proporcionalidad entre sus diferentes sectores. Las distintas ramas de la industria se encuentran relacionadas cualitativa y cuantitativamente. Debe existir una relación entre las ramas de bienes de consumo y las de bienes de producción. Además, estas proporciones entre los sectores deben ser respetadas. En otras palabras, la materia es el poder vivo del trabajo de todo un pueblo, y debe ser repartida según una cierta relación entre la agricultura y la industria para permitir la existencia de la humanidad y su progreso. ¿Cómo se ha realizado este punto? El capitalismo opera a través del mercado, la libre competencia, la ley de la oferta y la demanda, el mecanismo de los precios, la sucesión de períodos de prosperidad y de crisis. Para nosotros se trata de un período anárquico, ya que está ligado al despilfarro de una gran cantidad de recursos y de valor, y conduce a las guerras que pueden destruir la cultura humana. Sin embargo, es un período que se establece en los límites de su acción histórica. En él se crea una proporción entre los sectores económicos, correlación suficiente para que la sociedad burguesa sea capaz de existir sin convulsiones.

Nuestra economía de preguerra presentaba una proporcionalidad interna establecida por las fuerzas capitalistas de intercambio. La guerra llegó al tiempo que una extensa remodelación de las relaciones. Las industrias pesadas se desarrollaron a expensas de la industria ligera. La revolución y la guerra civil hicieron estragos y minaron solapadamente sus fundamentos. ¿Y qué heredamos? Nuestra herencia fue una economía que conservaba todavía restos de proporcionalidad entre los sectores; tal proporcionalidad, sin embargo, había existido bajo el capitalismo, pero fue deformada por la guerra imperialista y destruida por la guerra civil. ¿Cuáles son los métodos utilizables para encontrar la vía del desarrollo económico? La vida económica socialista será dirigida de forma centralizada, del mismo modo que la proporcionalidad se obtendrá mediante un plan meticuloso que observará todas las proporciones y dará a cada sector una relativa autonomía a condición de que permanezcan bajo la dependencia de un control nacional e internacional.

Pero no se puede crear *a priori* la organización global de la economía, el método de cálculo socialista, lucubrando ante la mesa de un despacho. Sólo podrá crecer a través de su adaptación gradual a los recursos materiales que sea posible utilizar, a las posibilidades latentes, y a las nuevas necesidades de esta sociedad. A largo plazo. ¿Cuándo habríamos podido comenzar? ¿En 1917 o 1918? El aparato capitalista (sus comercios, bancos e intercambios) había sido destruido. La guerra civil se encontraba en

su apogeo. No se podía, incluso, tener una discusión con la burguesía para llegar a un acuerdo sobre ciertos puntos en el campo de la economía. El aparato burgués había sido destruido tanto a escala nacional como en el interior de cada empresa individual. Se nos impuso entonces la siguiente tarea: era necesario crear un aparato de sustitución, incluso aunque fuera burdo y elemental, para extraer de esta herencia los víveres indispensables para el ejército en guerra y para la clase obrera. No era estrictamente una tarea económica, sino un trabajo de producción en tiempo de guerra.

Con los sindicatos, el estado se hizo cargo de las empresas industriales una a una, e instaló un aparato incómodo y poco o mal centralizado. A pesar de sus defectos, nos permitió conseguir víveres y equipar militarmente al ejército. Esto era insuficiente, pero salimos de la lucha, y ¡victoriosos! La política de confiscación de los excedentes agrícolas condujo a una contracción y a un declinar de la producción agrícola. La política de dirección burocrática centralizada utiliza todo un equipo técnico para incrementar la eficacia de la mano de obra disponible. Esta política de comunismo de guerra nos fue impuesta por el régimen en el cual vivíamos: atrincherados, con una economía desorganizada y los recursos malgastados.

Podéis sin duda preguntaros si pensábamos realizar la transición del comunismo de guerra al socialismo sin haber efectuado cambios y sufrido crisis, sin padecer retrocesos, es decir, sin una transición, sino siguiendo regularmente la ascensión de una curva. Sí, es cierto que pensábamos que el desarrollo de la Europa occidental revolucionaria tendría lugar pronto. Si el proletariado en Alemania, en Francia, en toda Europa, hubiera conquistado el poder en 1919, el desarrollo de la economía habría presentado una forma distinta. En 1883, Marx escribía a Nicolás Danielson, uno de los teóricos del populismo ruso (narodniki), que el proletariado tendría el poder antes de que fuera abolida la “obstina rusa” (agricultura comunal), y que ésta se convertiría en el comienzo del desarrollo comunista en Rusia. Tenía razón. Mayor razón teníamos aún nosotros pensando que si la clase obrera europea hubiera conquistado el poder con anterioridad, habría tomado a remolque a nuestro atrasado país (en lo que se refiere a la economía y a la cultura), y, de este modo, nos habría ayudado sin duda alguna en cuanto a técnica y organización, y nos habría permitido, corrigiendo e incluso modificando en parte o totalmente nuestros métodos de comunismo de guerra, dirigirnos hacia una auténtica economía socialista. Tales eran efectivamente nuestras esperanzas... Jamás hemos basado nuestra política en un mínimo de perspectivas y posibilidades revolucionarias. Por el contrario, en cuanto fuerza revolucionaria viva, nos hemos esforzado en desarrollar estas posibilidades y forzarlas hasta el final. Únicamente los Scheidemann y los Ebert eran quienes, en víspera de la revolución, renegaban de ella y se prestaban a convertirse en ministros de Su Majestad Imperial. La revolución les coge por sorpresa, les ahoga. Se debaten débilmente y, más tarde, a la primera oportunidad, son transformados por la contrarrevolución en sus instrumentos.

En lo que concierne a los de la Segunda Internacional y media, se esforzaron por distanciarse de la Segunda Internacional. Proclamaron el comienzo de una época revolucionaria y reconocieron la dictadura del proletariado. Evidentemente, sólo se trataba de palabras vacías. Al primer síntoma de fracaso, toda esta basura humana volvió al redil de Scheidemann. Pero el simple hecho de que se formara esta segunda internacional y media prueba que las perspectivas revolucionarias del comunismo internacional, y de nuestro partido en particular, en absoluto eran una “utopía”. No solamente desde el punto de vista de la tendencia general del desarrollo histórico, sino también desde el punto de vista de su ritmo actual. Después de la guerra, el proletariado careció de un partido revolucionario. La socialdemocracia salvó al capitalismo; es decir, retrasó la hora de su destino en algunos años, o, mejor, prolongó su agonía. En todo caso,

ello no proporcionó casi condiciones favorables a la república soviética y a su desarrollo económico. Los obreros y los campesinos de Rusia quedaron atrapados en el bloqueo económico. No recibimos del oeste una asistencia técnica organizada, sino una serie de intervenciones militares. Por todo ello, pareció evidente que militarmente saldríamos vencedores, pero que económicamente estaríamos durante muchos años aún obligados a continuar dependiendo de nuestros propios recursos y de nuestras propias fuerzas.

La Nueva Política Económica (NEP)

Una vez fuera del comunismo de guerra, es decir, de las medidas de urgencia encaminadas a sostener la vida económica de la fortaleza asediada, se hizo sentir la necesidad de pasar a un sistema de medidas que asegurara una expansión gradual de las fuerzas productivas del país, incluso sin la colaboración de una Europa socialista. La victoria militar, que hubiera sido imposible sin el comunismo de guerra, nos permitió pasar de las medidas dictadas por la necesidad económica a medidas dictadas por la conveniencia económica. Este es el origen de la “nueva política económica”. A menudo ha sido denominada como una retirada, y, nosotros también, con buenas razones para ello, lo llamamos así. Pero con el fin de estimar exactamente lo que implica esta retirada, y con el fin de comprender que tiene escasas semejanzas con una “capitulación”, es necesario inicialmente tener una imagen clara de nuestra situación económica presente y de las tendencias de su desarrollo.

En marzo de 1917, el zarismo fue derrocado. En octubre de 1917, la clase obrera tomó el poder. Prácticamente, toda la tierra, nacionalizada por el estado, pasó a las manos de los campesinos. Los campesinos cultivaban esta tierra, viéndose obligados en la actualidad a pagar al estado un impuesto fijo en especie, que constituye el fondo de la construcción socialista. Todos los ferrocarriles, las empresas industriales, se convirtieron en propiedad del estado, y, salvo raras excepciones, el estado las hace funcionar en beneficio propio. El sistema crediticio se encuentra en manos del estado. El comercio exterior es un monopolio del estado. Toda persona capaz de evaluar moderadamente y sin prejuicios el resultado de los últimos cinco años de existencia del estado obrero debería decir: sí, evidentemente, para un país atrasado, existe un importante desarrollo socialista. Su principal particularidad se encuentra, sin embargo, en el hecho de no haber sido llevado a cabo según un movimiento ascendente regular, sino en zigzag. Hemos tenido el régimen comunista, posteriormente se abrieron las puertas a las relaciones comerciales. La prensa burguesa declaró que se trataba de la renuncia al comunismo, y, por consiguiente, el comienzo del capitalismo. Es evidente que los socialdemócratas interpretan este tema, lo elaboran y lo comentan. Difícilmente puede dejar de reconocerse que, aquí y allí, incluso algunos de nuestros amigos dudaron: ¿no se trata ciertamente de una capitulación enmascarada ante el capitalismo? ¿No existe un peligro real de que éste pueda, apoyándose en el comercio libre nuevamente instaurado, comenzar su desarrollo, y, de este modo, triunfar sobre el socialismo?

Para responder a esta cuestión es totalmente necesario disipar un malentendido básico. Es falso afirmar que el desarrollo económico soviético pase del comunismo al capitalismo. No existe comunismo. Incluso no ha existido socialismo, y no hubiéramos podido tenerlo. Hemos nacionalizado la economía burguesa desorganizada y, durante el período crítico de la lucha, hemos establecido un régimen de “comunismo” en la distribución de los artículos de la tierra. Vencidas la guerra y la burguesía política, hemos podido tomar las riendas de la vida económica y, de este modo, nos vimos obligados a introducir de nuevo las formas comerciales en las relaciones entre la ciudad y el campo, entre las diferentes ramas de la industria, y entre las empresas individuales.

El campesino, que no tenía libertad comercial, no encontraba su sitio en la vida económica y de este modo perdía el estímulo para mejorar y poner a la venta sus productos. Únicamente el desarrollo de la industria de estado permitirá la satisfacción de las necesidades del campesinado y de la agricultura y le abrirá, de este modo, el camino de la integración en un sistema general de economía socialista. Técnicamente, esta tarea será resuelta por la electrificación, que asestará el golpe definitivo a la vida rural atrasada, al aislamiento de los mujik y al embrutecimiento de la vida en el campo. La meta debe ser una mejora de la vida económica de los campesinos propietarios. El estado obrero puede hacerlo a través del comercio, que estimula los intereses personales del pequeño propietario. Los beneficios iniciales se encuentran al alcance de la mano. Este año el campo proporcionará al estado más cereales (tasa en especie) que en la época del comunismo de guerra, a pesar de la confiscación de los excedentes de granos. La agricultura, sin duda alguna, se desarrolla. El campesinado se encuentra satisfecho; ahora bien, si no existen relaciones normales entre el campesinado y el proletariado es imposible el desarrollo socialista.

La nueva política económica no proviene únicamente de las relaciones mutuas entre la ciudad y el campo, sino que es una etapa hacia el crecimiento de una industria de estado: entre el capitalismo (en el cual los medios de producción pertenecen a los particulares, y en el cual las relaciones económicas son reguladas por el mercado) y un socialismo integral, es decir, un dirigismo económico y social, existen etapas de transición. La NEP es una de ellas. Para precisar tomemos como ejemplo la red ferroviaria. El transporte de vía férrea se encuentra en un grado máximo de socialismo, porque la red fue nacionalizada bajo el capitalismo, centralizada y casi normalizada por las exigencias tecnológicas. Más de la mitad de la red fue puesta en funcionamiento por el estado y el resto confiscado a las compañías privadas. Una auténtica dirección socialista debe considerar la red activa como un todo y no desde un punto de vista de propietario. Más aún, debe considerarla desde el punto de vista de los intereses de un sistema de transportes y de la economía nacional. Debe repartir las locomotoras y los vagones entre las diferentes líneas para satisfacer las necesidades de la vida económica. Pero esto no es sencillo, incluso en un marco centralizado como es el transporte por ferrocarril. Implica gran número de etapas técnicas y económicas. Por ejemplo, las locomotoras son de muy diversos tipos, pues fueron construidas en épocas y lugares diferentes. Pero locomotoras de distintos tipos son reparadas en una misma factoría, mientras que locomotoras de un mismo tipo son reparadas en diferentes factorías. La sociedad capitalista malgasta una enorme cantidad de fuerza de trabajo a causa de la diversidad y del caleidoscopio anárquico de las partes que constituyen su aparato productivo. Es necesario reunir las locomotoras según su modelo y repartirlas entre las diferentes líneas de la red ferroviaria. Se trata de un comienzo de normalización; es decir, de la creación de una cierta homogeneidad tecnológica en relación con las locomotoras y sus elementos. La normalización, y esto fue dicho varias veces, es el socialismo en la tecnología. Fracasando en ello no puede alcanzar su pleno florecimiento. ¿Dónde deberíamos comenzar sino en la red ferroviaria?

Fue abordada esta tarea, pero inmediatamente aparecieron grandes obstáculos. Bien fueran líneas privadas o estatales, entraron en relación con otras empresas por intermedio del mercado. En este caso particular, ello era necesario e inevitable desde el punto de vista económico, porque el equipo y desarrollo de una línea dependen principalmente de su justificación económica. Es el mercado el que certifica la rentabilidad económica de una línea, ya que no hemos elaborado los métodos de cálculo estadístico de una sociedad socialista. No pueden ser utilizadas más que como resultado

de una experiencia práctica amplia; adquirida gracias a la nacionalización de los medios de producción.

De este modo, durante la guerra civil, los viejos métodos de control fueron eliminados antes de la creación de otros nuevos. En estas condiciones, la red ferroviaria fue unificada, pero cada línea perdió contacto con el resto del medio económico y quedó suspendida en el aire. Considerando la red como una entidad técnica autosuficiente, fijando tipos uniformes de locomotoras, centralizando el trabajo de reparación y, por consiguiente, siguiendo un plan técnico-socialista abstracto, nos arriesgábamos a perder totalmente el control de lo que era necesario, aprovechable o no, de cada línea particular y de la red. ¿Qué línea debía ser ampliada o acortada? ¿Debería existir tal línea? ¿Qué aprovisionamiento debería aportar el estado para sus necesidades propias; qué reparto de la capacidad de transporte debería efectuarse entre las necesidades particulares y las de los organismos?

Todas estas cuestiones, en una etapa histórica dada, únicamente pueden ser resueltas a través de tarifas fijas de transporte, una contabilidad correcta, y un cálculo comercial exacto. Manteniendo un equilibrio entre las diferentes secciones de la red, equilibrio de pérdidas y beneficios ligados a las ramas de la economía, seremos capaces de elaborar los métodos de cálculo socialista y los métodos de un nuevo plan económico. Por otra parte, incluso si la red es propiedad del estado, crece la necesidad de permitir a las líneas particulares, o a los grupos de líneas, que conserven su independencia económica y una capacidad de ajuste a las empresas de las que dependen. Los planes abstractos y las metas socialistas formuladas no son suficientes para conmutar la dirección de la red ferroviaria de una vía capitalista a otra socialista. Durante un largo período, el estado obrero deberá utilizar los métodos capitalistas, es decir servirse del mercado, para dirigir la red. Estas consideraciones se aplican aún en mayor medida a las empresas industriales, que no se encontraban tan centralizadas y normalizadas bajo el capitalismo como las líneas de ferrocarril. Con la liquidación del mercado y del sistema de crédito, cada fábrica semeja a un teléfono al que se le hubieran cortado los hilos.

El comunismo de guerra ha creado una burocracia que rodea la unidad económica. Las fábricas de construcción del Ural, de la cuenca del Donetz, en Moscú, Petrogrado y otras ciudades se encontraban unificadas por un ministerio central que las aprovisionaba de combustibles, materias primas y equipos técnicos y fuerzas de trabajo, manteniéndolas bajo un sistema de reparto equivalente. Evidentemente, tal dirección burocrática igualaba las empresas consideradas individualmente, suprimía la posibilidad de verificar la capacidad productiva y el beneficio, incluso si la contabilidad de la comisión central se hubiera distinguido por un cierto grado de precisión, lo que no ocurría. Antes de que cada empresa pueda funcionar plenamente como formando parte del organismo socialista, deberemos mantener durante largo tiempo actividades de tipo transitorio en gran escala. Dichas actividades manipularán la economía por medio del mercado. Durante este período de transición, cada empresa o grupo deberá, en un grado diferente, orientarse independientemente, y situar sus productos ante la prueba del mercado.

Este es precisamente el motivo principal de la nueva política económica: desde un punto de vista político, ello significa que han sido previstas grandes concesiones a favor del campesinado; pero igualmente ha sido prevista una etapa inevitable de desarrollo de la industria de estado durante la transición entre el capitalismo y el socialismo. Para regularizar la industria, el estado obrero ha recurrido a los métodos de mercado. Debe haber en él un equivalente general, y, en nuestro caso, como ya sabéis, se encuentra en una situación desoladora. El camarada Lenin ha compartido ya nuestros esfuerzos con el fin de obtener una moneda más o menos estable. Ha señalado que nuestras tentativas no habían sido coronadas totalmente por el éxito. Con el restablecimiento del mercado, es

interesante señalar una vuelta a las manifestaciones fetichistas en el campo del pensamiento económico. Entre los que han sido afectadas por ellas, se encuentran numerosos comunistas que operan sobre el mercado. Nuestras empresas sufren, como sabéis, de una falta de recursos; pero, ¿dónde encontrarlos? ¡Evidentemente, en la prensa! [de impresión de billetes de banco] Sólo necesitamos, este punto es muy discutido, aumentar nuestros capitales para poner de nuevo en marcha gran número de fábricas cerradas. “A cambio de vuestros miserables diarios que publicáis en cantidad ínfima, dicen ciertos camaradas, podríamos en algunos meses proporcionaros ropas, calzados, víveres y otras cosas maravillosas”. Este razonamiento es evidentemente falso. La escasez de los medios de circulación es simplemente la manifestación de nuestra pobreza.

Esto significa que antes de un crecimiento de la producción se debe pasar por una etapa de acumulación primitiva socialista. Nuestra pobreza en carbón, alimentos, locomotoras, viviendas, etc., muestra la escasez actual de medios de circulación contra lo cual hemos cambiado nuestra vida económica con el fin de crear un mercado. De este modo, la industria pesada ha envidiado los éxitos de la industria ligera. ¿Cuál puede ser la significación de este hecho? Quiere decir simplemente que con el desarrollo naciente de la economía los recursos utilizables han sido dirigidos a donde se esperaba, es decir a las ramas que producen artículos para el consumo personal y productivo de los obreros y los campesinos. El mundo de los negocios se llenó de empresas de este tipo. Las empresas de estado entran en competencia entre ellas mismas, y en parte con las empresas privadas que, como sabemos, no son numerosas. De este modo es como la empresa nacionalizada aprenderá a funcionar correctamente. No existe otro modo para llegar a tal meta. Ni los planes económicos incubados entre los muros de un despacho, ni los sermones comunistas abstractos garantizarán nada de ello. Cada empresa de estado, con su director técnico y comercial, deberá necesariamente estar sujeta a un control permanente que provendrá no sólo de arriba, o del estado, sino también de abajo, es decir del mercado que continuará siendo el regulador de la economía de estado durante largos años en el futuro. A medida que la industria ligera de estado comience a proveer al estado de sus recursos, y a consolidarse en el mercado, adquiriremos medios de circulación para la industria pesada.

No es éste el único recurso ofrecido al estado. Existen otros como los impuestos en especie que proceden de los campesinos, los impuestos sobre la industria y el comercio privados, las tarifas aduaneras, etc. Las dificultades financieras de nuestra industria aparecen ligadas entre sí, y no limitadas unas por otras; provienen del proceso de renovación económica en su conjunto. Si nuestro ministerio de hacienda tuviera que acoger las peticiones de cada empresa industrial incrementando sus capitales, el mercado habría rechazado la moneda superflua antes de que las fábricas hubieran llegado a lanzar los nuevos productos a los mercados. En otras palabras, la valorización del rublo saldría del atasco momentáneamente, pero caería de un modo catastrófico, y el valor de las emisiones que habrían sido dobladas o triplicadas sería inferior al poder del dinero en circulación. Nuestro estado no renuncia a nuevos capitales, pero deben ser conformes al funcionamiento económico actual y calculados de modo que incrementen la potencia del estado, ayudando de este modo a la acumulación primitiva socialista.

Nuestro estado, por su parte, no renuncia a un dirigismo económico, es decir, a introducir correcciones deliberadas y perentorias en las actividades del mercado. Actuando de esta forma, el estado no parte de un cálculo *a priori* y de unas hipótesis abstractas, que serían en gran medida inexactas, como ocurrió durante el comunismo de guerra. Su punto de partida se encuentra en la acción del mercado. La condición monetaria del país y su sistema de crédito gubernamental centralizado sirven para regular el mercado.

Las formas y los recursos de los dos campos

¿A dónde nos conduce, por consiguiente, la NEP? ¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?¹ Evidentemente, en este punto se encuentra la cuestión central. ¿Cuáles serán las consecuencias de la existencia del mercado, de la libertad de comercio de los cereales, de la competencia, de los arrendamientos, de las concesiones? Si se da un dedo al diablo, ¿no será necesario entregarle posteriormente un brazo, luego medio cuerpo, y finalmente el cuerpo entero? Somos ya testigos de una recuperación del capital privado en el sector del comercio entre la ciudad y el campo. Por segunda vez en nuestro país, el capital privado de los comerciantes atraviesa el período de la acumulación capitalista, al tiempo que el estado de los obreros atraviesa un período de acumulación primitiva socialista. El capital de los comerciantes busca ineludiblemente deslizarse hacia posiciones industriales. El estado alquila fábricas a hombres de negocios. Se observa un fuerte incremento del capital privado acumulado, y no solamente en el comercio y la industria. ¿Acaso no es de este modo (agotando los elementos de socialismo, aumentando el control sobre una gran parte de la economía nacional, a través del comercio, y, posteriormente, cuando el momento sea propicio, aumentando el control por parte de los especuladores, los comerciantes, los arrendatarios y los concesionistas) como aumentarán su poder bajo la protección del estado obrero?

Sabemos, al igual que Otto Bauer, que la economía constituye de hecho el fundamento social, y la política su superestructura. Pero, ¿acaso ello no significa que cuanto venimos diciendo, y la NEP en particular, es una transición hacia el socialismo, del capitalismo? Debo responder que esta cuestión se plantea de un modo abstracto: no se puede negar que el peligro de la restauración capitalista, así como el de una derrota temporal, a lo largo de cualquier lucha, no pueden excluirse en ningún caso. Cuando combatíamos a Denikin y a Kolchak, que estaban ayudados por la Entente, corríamos un peligro semejante de ser derrotados. Por otra parte, era lo que esperaba Kautsky cada día. Hemos mejorado la relación de fuerzas a través de una firme voluntad y de una estrategia correcta. Al final, obtuvimos la victoria. Una vez más, se produce una guerra entre los mismos enemigos: el estado obrero y el capitalismo. Las hostilidades se han desplazado de campo, y ya no se desarrollan en el campo militar sino en el de la economía. Mientras que, durante la guerra civil, se producía un duelo entre el Ejército Rojo y el blanco para influir sobre los campesinos, actualmente la lucha tiene lugar entre el capital estatal y el privado sobre el mercado agrícola. En un caso como éste, es necesario tener una estimación lo más correcta posible de las fuerzas y recursos de que puede disponer el enemigo.

Nuestra principal arma se funda en el mercado: el poder del estado. Únicamente los reformistas simplistas no lo comprenden. La burguesía lo comprende, y su historia nos lo prueba. La otra arma de que dispone el proletariado es que las fuerzas productivas más importantes del país se encuentran en sus manos. Toda la red ferroviaria, la industria minera, la masa de las empresas al servicio de la industria se encuentran bajo la dirección económica de la clase obrera. El estado obrero dirige el país, y los campesinos contribuyen cada año mediante el pago de cientos de millones de impuestos en especie. El estado tiene también las fronteras en sus manos. Las mercancías y el capital extranjero sólo tienen un acceso muy limitado. Son juzgados indeseables, pero legítimos por la clase obrera en el poder. Estas son las armas y los medios de construcción del socialismo. Nuestros adversarios tienen ciertamente la oportunidad de acumular capital, incluso al margen del poder obrero, utilizando el mercado libre de los cereales. El capital de los comerciantes puede infiltrarse, y de hecho lo hace, en la industria, en las empresas

¹ L. Trotsky, *¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?*, 1925, en nuestra serie OELT-EIS.

arrendadas. Saca un beneficio de ello, y se desarrolla. Esto es innegable. Pero, ¿cuáles son las relaciones recíprocas entre estas fuerzas opuestas? ¿Cuál es su dinámica? La cantidad se transforma en cualidad. Si las más importantes fuerzas productivas del país cayeran en manos del capital privado no podría hablarse de construcción del socialismo, y estarían contando los días que le quedan al poder obrero. ¿Es importante el peligro? ¿Está próximo?

Únicamente los hechos y las cifras pueden responder a estas cuestiones. Sólo citaré los datos más importantes e indispensables. Nuestra red ferroviaria se extiende sobre 63.000 verstas [1 versta equivale a 1.067 metros; N. del T.], emplea a ochocientos mil personas y se encuentra totalmente en manos del estado. No se puede negar su importancia en la vida económica, y que es un factor decisivo de la misma, de tal modo que no queremos que se deslice de nuestras manos. Veamos, ahora, la industria. Bajo la Nueva Política Económica, todas las empresas, sin excepción, son propiedad del estado. Es cierto, igualmente, que algunas empresas han sido arrendadas. ¿Cuál es la relación entre las empresas estatales que el estado continúa dirigiendo y las que han sido arrendadas? Puede estimarse que, según las cifras siguientes, existen algo más de cuatro mil empresas estatales que emplean a casi un millón de trabajadores, mientras que existen, más o menos, unas cuatro mil empresas arrendadas que dan trabajo a unos ochenta mil obreros. En las empresas estatales, el número de obreros por empresa es, como media, de doscientos siete, mientras que en el caso de las empresas arrendadas es de diecisiete obreros por empresa. La explicación es simple: solamente empresas de segundo y tercer orden en el sector de la industria ligera han sido arrendadas. Entre ellas, únicamente el 51 por 100 son explotadas por capitalistas privados. Las restantes se encuentran bajo la dirección de los ministerios y de las cooperativas de distribución que son las que alquilan las empresas al estado, poniéndolas en funcionamiento por su cuenta. En otras palabras, existen dos mil pequeñas empresas, que emplean a cuarenta o cincuenta mil personas, explotadas por el capital privado. Por otra parte, existen cuatro mil empresas poderosas y bien equipadas, que dan trabajo a casi un millón de obreros, dirigidas por el estado soviético.

Es ridículo hablar del triunfo del capitalismo “de un modo general” ante tales cifras y hechos. Naturalmente, las empresas privadas entran en competencia con las empresas estatales, y de modo abstracto se puede llegar a decir que, si las empresas arrendadas se encontraran muy bien dirigidas y las empresas estatales muy mal, el capital privado, al cabo de algunos años, devoraría al capital estatal. Pero nos encontramos muy lejos de que esto ocurra. El control del proceso económico permanece en manos del poder del estado; y éste se encuentra en manos de la clase obrera. Debido al restablecimiento del mercado, el estado obrero introduce naturalmente cierto número de cambios jurídicos indispensables para conseguir una transformación del mercado. En la medida en que estas reformas jurídico-administrativas dan paso a la posibilidad de una acumulación capitalista, otorgan a la burguesía concesiones indirectas muy importantes. Nuestra neoburguesía sólo será capaz de explotarlas en consonancia con sus recursos económicos y políticos. Sabemos cuáles son estos recursos, y que son más bien escasos. En el plano político, su valor es nulo. Haremos cuanto podamos para impedir que la clase burguesa acumule el más mínimo capital en el plano político. No debemos olvidar quién tiene en sus manos el sistema crediticio y el aparato fiscal; es decir, están en manos del estado obrero. Ambos son un arma importante en la lucha entre la industria estatal y la privada. Debemos reconocer la superioridad del capital privado en el mercado. Aunque carezcamos de cifras válidas en este campo, según las primeras aproximaciones de los estadísticos de nuestras cooperativas de producción, el capital privado comercial correspondería a cerca del treinta por ciento de la cifra de negocios comerciales de nuestro

país. Por su parte, el estado y las cooperativas corresponden al setenta. El capital privado juega en general el papel de intermediario entre la agricultura y la industria, y, en parte, entre las distintas ramas industriales. En efecto, las empresas más importantes y el comercio exterior se encuentran en manos del estado. El estado es, por consiguiente, comprador y vendedor en el mercado. Las empresas cooperativas de distribución pueden fácilmente competir con el capital privado. Repitamos, una vez más, que las tijeras de los impuestos son un instrumento muy importante. Gracias a ellas el estado obrero podrá podar la joven planta del capitalismo, por temor a que se desarrolle excesivamente.

En teoría, hemos mantenido siempre que el proletariado debería, tras haber conquistado el poder, tolerar la existencia de estas empresas al lado de las empresas estatales, debido a que sean tecnológicamente menos avanzadas o menos adaptadas a la centralización. Además, sabíamos que las relaciones entre las empresas estatales y las privadas, así como las relaciones recíprocas entre las empresas de estado individuales o colectivas, estarían reguladas por el comercio y sus cálculos monetarios. Y, por esta misma razón, hemos reconocido que el proceso de acumulación capitalista privada se reproduciría. Pero no hemos tenido miedo a que la acumulación privada supere y devore a la economía estatal en expansión. ¿A qué se debe, por consiguiente, todo este debate sobre la victoria inevitable del capitalismo y sobre nuestra pretendida “capitulación”? Existe una razón de ello: no hemos dejado inicialmente las pequeñas empresas en manos privadas, sino que las hemos nacionalizado; las hemos arrendado tras haber intentado que funcionaran en manos del estado. Poco importa la manera como sea evaluado el zigzag económico, bien como una necesidad que tiene su origen en la situación global, bien como una equivocación, pero es evidente que este giro político, o esta “retirada”, no modifica en medida alguna la relación de fuerzas entre la industria estatal y los sectores privados. Por una parte, está el poder del estado, y, por otra, existen cincuenta mil obreros, contra cerca de un millón, explotados por el capital privado. ¿Dónde se encuentra, por lo tanto, la más mínima justificación para que, en estas condiciones, esté asegurada la victoria de la acumulación capitalista sobre la acumulación socialista?

Evidentemente, se encuentran en nuestras manos las mejores cartas; todas, salvo una que es muy importante: el capital privado ruso se encuentra sostenido actualmente por el capital mundial. Continuamos viviendo en un contorno capitalista. Por este motivo debe plantearse una cuestión: saber si nuestro socialismo naciente, que emplea aún ciertos métodos capitalistas, puede ser absorbido por el mundo capitalista. En tal operación existen siempre dos fases: comprar y vender. Pero tenemos el poder en nombre de la clase obrera. Ella decide el fin y el modo de las concesiones a efectuar. El comercio exterior es un monopolio. El capitalismo europeo intenta forzar una brecha en él. Pero inténtelo y quedará decepcionado. El monopolio del comercio con el extranjero es un principio esencial para nosotros. Es una de nuestras salvaguardas contra el capitalismo que, evidentemente, no tendría reparos en absorber nuestro naciente socialismo, tras haber fallado en su intento de destruirlo mediante medidas militares.

Sobre el tema de las concesiones, el camarada Lenin ha dicho: “Las discusiones son abundantes; las concesiones, raras”. (*Risas.*) ¿Cómo explicarlo? Precisamente por el hecho de que no hay y no habrá por nuestra parte una capitulación ante el capitalismo. Los que quieren anudar de nuevo las relaciones con la Rusia soviética más de una vez han afirmado, y escrito, que el capitalismo mundial, en la angustia de su gran crisis, necesita de la Rusia soviética: Inglaterra necesita colocar sus mercancías en Rusia, Alemania necesita cereales rusos, etc. Esto parece cierto si se mira el mundo a través de unas lentes pacifistas, “en el sentido evidente de la palabra pacifista”. (*Risas.*) Por esta razón, el tema se presenta continuamente de una forma falseada. En ese caso, podríamos imaginar que los capitalistas ingleses intentarían con todas sus fuerzas invertir sus fondos

en Rusia; podríamos imaginar igualmente a la burguesía francesa tratando de orientar a la tecnología alemana en la misma dirección con el fin de crear nuevos recursos que permitirían pagar las indemnizaciones alemanas. Pero, en absoluto vemos que ocurra así. Y, ¿por qué razón? Vivimos en una época en la que el equilibrio del capitalismo ha sido derribado, y de un modo total. Vivimos en una época en la que las crisis económicas, políticas y militares se entrecruzan continuamente. Una época de inestabilidad, de incertidumbre, de alarmas ininterrumpidas. Esto actúa contra una política a largo plazo de la burguesía, porque tal política pronto se transforma en una ecuación con demasiadas incógnitas.

Hemos concluido finalmente un acuerdo comercial con Inglaterra; en realidad, data de hace cerca de año y medio. Todas nuestras operaciones con Inglaterra se efectúan mediante pago al contado; pagamos con oro. La cuestión de las concesiones permanece siempre abierta a la discusión. Si la burguesía europea, y principalmente la burguesía inglesa, hubieran creído que una colaboración en gran escala con Rusia habría aportado un progreso inmediato a la situación económica europea, Lloyd George y compañía habrían, sin duda, dado en Ginebra una solución diferente a este problema. Pero saben que la colaboración con Rusia no puede aportar inmediatamente modificaciones grandes y profundas. El comercio ruso no eliminará el paro inglés en unos pocos meses o en unas semanas. Rusia no puede ser integrada más que gradualmente, y en cuanto factor constantemente creciente en la vida económica europea y mundial. Gracias a su vasta extensión, a sus recursos naturales, y, sobre todo, gracias al estimulante de la revolución, Rusia puede convertirse en la fuerza económica más importante europea y mundial, pero ello no instantáneamente, en una noche, sino únicamente después de muchos años. Rusia podría convertirse en el mayor comprador y en el mayor vendedor, y así acelerar el proceso de crecimiento económico. En cinco o diez años, se convertiría en un gran mercado para Inglaterra, pero, mientras tanto, Inglaterra debería creer que esto durará diez años, y el capitalismo inglés debería ser lo suficientemente fuerte como para poder permanecer diez años en el mercado ruso. En otras palabras, una política de colaboración económica auténtica con Rusia no puede ser más que una política de colaboración fundamentada sobre bases muy amplias. El problema se encuentra en que la burguesía de posguerra no es ya capaz de tener una política a largo plazo. No sabe lo que traerá el mañana, y menos aun lo que sucederá pasado mañana. Es uno de los síntomas de la muerte de la burguesía.

Esto parece estar en contradicción con el intento de Leslie Urquhart, que quiere concluir un acuerdo comercial con nosotros por un período de noventa y nueve años. Sin embargo, esto es sólo aparente. Su motivo es muy simple, pero en cierta manera inalcanzable; si el capitalismo sobrevive en Inglaterra y en el mundo durante estos noventa y nueve años, Urquhart conservará las concesiones con Rusia. Pero, ¿qué sucederá si la revolución proletaria se desencadena durante este periodo? ¿O incluso antes de nueve meses? En este caso, Rusia será el último lugar donde los propietarios expropiados del mundo puedan conservar sus propiedades. Pero un hombre que va a perder su cabeza no tiene motivos para llorar por la pérdida de su peluca... Cuando fuimos coherentes haciendo la oferta de concesiones a largo plazo, Kautsky concluyó que habíamos perdido la esperanza en la llegada próxima de una revolución proletaria. Esta conclusión, digna de un teórico tan venerable como simplista, carece totalmente de fundamento. En efecto, firmando una concesión particular, asumíamos obligaciones únicamente dentro del código legislativo y del procedimiento administrativo referente a dicha concesión, pero en ningún caso acerca del curso futuro de la revolución mundial, la cual deberá superar diversos obstáculos muy superiores a los acuerdos de una concesión. La pretendida “capitulación” del poder soviético al capitalismo es deducida por los

socialdemócratas no a través de un análisis de hechos y cifras, sino mediante vagas generalidades; es decir, de ese término de “capitalismo de estado” que empleamos siempre al referirnos a nuestra economía de Estado.

En mi opinión, este término no es ni exacto ni conveniente. El camarada Lenin ha subrayado ya en su informe la necesidad de poner este término entre comillas; es decir, utilizarlo con muchas precauciones. Es una recomendación muy importante porque no todo el mundo es prudente. En Europa es utilizado este término, y ha sido interpretado equivocadamente incluso por los comunistas. Son numerosos los que imaginan que nuestra industria de estado representa un auténtico capitalismo de estado, en el sentido más estricto de la palabra, tal como ha sido aceptado universalmente por los marxistas. No se trata exactamente de ello; si se habla realmente de capitalismo de estado, debe hacerse con importantes comillas que recubran el propio término. ¿Por qué razón? Es evidente: al utilizar este término no puede olvidarse el carácter de este estado. Este término, lo recordamos, tiene orígenes socialistas. Jaurès y los reformistas franceses, que en general le imitaban, hablaban de una socialización “coherente con la república demócrata”. Podemos responder, en cuanto marxistas, que a partir del momento en que el poder político está en manos de la burguesía, esta socialización no era y no podía conducir jamás al socialismo, sino a un capitalismo de estado; es decir, que la posesión de las diversas industrias, de la red ferroviaria, etc., por diferentes capitalistas sería reemplazada por la posesión de todas las empresas, de la red ferroviaria, etc., por la propia empresa burguesa: el estado. Si la burguesía tiene el poder político continuará explotando al proletariado a través del capitalismo de estado, del mismo modo que el burgués explota a través de la propiedad privada a sus propios obreros.

El término “capitalismo de estado” ha sido propuesto e inmediatamente utilizado con fines polémicos por los revolucionarios marxistas contra los reformistas, y ello con el fin de explicar y probar que la auténtica socialización sólo comienza tras la conquista del poder por la clase obrera. Los reformistas, como bien sabéis, construyeron todo su programa alrededor de las reformas. Nosotros, marxistas, jamás hemos negado las reformas socialistas, pero hemos afirmado que su hora aparecería tras la conquista del poder por el proletariado, y éste es el punto central de la polémica. Hoy, en Rusia, el poder se encuentra en manos de la clase obrera. Las industrias más importantes están en manos del estado obrero. No se encontrará ninguna explotación y, por consiguiente, ningún resto de capitalismo, aunque sus formas persistan. La industria del estado obrero es una empresa socialista debido a las tendencias netas de su desarrollo. Para desarrollarse utiliza los métodos que fueron inventados por la economía capitalista, y a los cuales hemos sobrevivido.

Bajo un capitalismo de estado auténtico, es decir bajo una dirección burguesa, el crecimiento del capitalismo de estado significa el enriquecimiento del estado de los burgueses, y su poder creciente sobre las masas obreras. Entre nosotros, el crecimiento de la industria de estado soviética significa un crecimiento del socialismo que procede directamente del poder proletario. Observamos numerosas veces en el curso de la historia el desarrollo de un fenómeno económico nuevo, a pesar de recubrirse de formas antiguas; fenómeno que, por otra parte, se produce a través de distintas maneras. Cuando la industria hincó sus raíces en Rusia, todavía bajo leyes feudales, en la época de Pedro el Grande, las fábricas, aunque estuvieran concebidas conforme a los modelos europeos de la época, fueron levantadas, sin embargo, con supervivencias de la base feudal. Los siervos se encontraban ligadas a ellas mediante su fuerza de trabajo (las fábricas recibían el apelativo de fábricas señoriales). Los capitalistas, como Strogonov, Demidov y otros, propietarios de estas empresas, desarrollaron su capitalismo en el interior mismo del sistema feudal. De un modo similar, el socialismo debe dar sus primeros pasos en el

círculo capitalista que le precede. No se puede llevar a cabo una transición hacia métodos perfectos saltándose la primera tarea del socialismo, y ello más aún si su cabeza se encuentra sucia y mal peinada, como ocurría con nuestra cabeza rusa. No hay que olvidar esta puntualización, que, en todo caso, es exclusivamente personal. Debemos siempre aprender a continuar nuestro aprendizaje.

Criterio sobre la productividad del trabajo

Queda, sin embargo, una cuestión importante acerca de la determinación de la aptitud de un régimen socialista que no ha sido abordada. Se trata de la cuestión de la productividad del trabajo económico, no solamente en lo que respecta a los trabajadores individuales, sino también para el conjunto del régimen. La ascensión histórica de la humanidad puede resumirse del modo siguiente: un régimen que asegura un lugar mayor a la productividad del trabajo reemplaza a aquellos que únicamente permiten una productividad más baja. El capitalismo ha ocupado el lugar de la sociedad feudal únicamente debido a que el trabajo de los hombres en esta sociedad era mucho menos productivo que bajo el imperio del capital. Igualmente, la única razón por la que el socialismo podrá suplantar completamente al capitalismo, de un modo total y definitivo, es que asegurará una mayor cantidad de productos para cada grupo de trabajo humano.

Ahora bien, ¿podemos decir que las empresas de estado son más productivas que lo fueran antes bajo el régimen capitalista? No lo hemos conseguido. No solamente los americanos, los ingleses, los franceses y los alemanes trabajan mejor en sus empresas capitalistas, que son más productivas que las nuestras (ocurría ya durante el período anterior a la revolución), sino que teníamos el hábito de trabajar mejor que ahora. En una primera apreciación, esta circunstancia puede parecer negativa en la calificación del régimen soviético. Nuestros enemigos burgueses, así como los críticos socialdemócratas que ciertamente les imitan, utilizan la debilidad de nuestra productividad económica. En la Conferencia de Ginebra, el delegado francés, Colrat, respondiendo a Chicherin, anunció con una insolencia típicamente francesa que la delegación soviética no podía hablar sobre cuestiones económicas, dadas la situación actual en Rusia. El argumento parece, a primera vista, aplastante, pero revela una ignorancia económica e histórica inconmensurable. Sería maravilloso ciertamente probar desde ahora la superioridad del socialismo, no mediante argumentos teóricos procedentes de las experiencias ya ocurridas, sino mediante hechos materiales. Nos sería necesario mostrar que nuestras fábricas aseguran, principalmente gracias a la centralización, una productividad en el trabajo superior a las empresas similares en las etapas anteriores a la revolución. Pero no hemos llegado a este punto. Por otra parte, no es posible que lo alcancemos rápidamente. Lo que ahora tenemos no es un socialismo que se opone al capitalismo, sino un proceso laborioso cuya finalidad es realizar el paso de un estado a otro, y sobre todo llevar a cabo la etapa inicial y dolorosa del período de transición. Parafraseando a Marx se puede decir que padecemos el que nuestro país conserve vestigios inmensos del capitalismo entre los rudimentos del socialismo.

Ciertamente, la productividad ha disminuido, así como el nivel de vida. En la agricultura, las cosechas del último año han sido más o menos tres cuartas partes de la producción media de preguerra. La situación es aún peor en la industria. Nuestra producción de este año es un cuarto de la producción de preguerra. El sistema de transportes opera a un tercio de su capacidad de preguerra. Son tristes datos. Pero, ¿cuál era la situación en la época de transición entre el feudalismo y el capitalismo? ¿Acaso era diferente? La sociedad capitalista, tan rica y tan orgullosa de su abundancia y de su cultura, saltó en una revolución muy destructiva. La tarea histórica objetiva de crear condiciones de mayor productividad del trabajo fue resuelta por la revolución burguesa y

por un gran número de revoluciones. Pero, ¿cómo se llegó a ello? A través de una devastación general y de un declinar temporal de la cultura material.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Francia. Naturalmente, el señor Colrat, en su función de ministro burgués, no está obligado a conocer la historia de su país natal, querido apasionadamente. Pero a nosotros, por el contrario, nos es familiar la historia de Francia y la historia de la revolución. No es importante saber si preferimos los escritos del reaccionario Taine o del socialista Jaurès. En ambos casos, podemos constatar hechos auténticos que caracterizan la horrible condición existente en Francia tras la revolución. La devastación fue tan grande que después del 9 de Termidor, es decir cinco años después del comienzo de la revolución, el empobrecimiento de Francia no había disminuido, sino que era aún mayor. Diez años después de la gran Revolución Francesa, cuando Napoleón Bonaparte era ya Primer Cónsul, París, con una población de quinientos mil habitantes, recibía una ración diaria de harina que oscilaba entre trescientos y quinientos sacos, mientras que la demanda mínima era de mil quinientos sacos para satisfacer el mínimo de subsistencia. Una de las preocupaciones mayores del Primer Cónsul era controlar diariamente la distribución de la harina.

Esta situación se producía (fíjense bien) diez años después de la Gran Revolución Francesa. La población francesa había disminuido, a causa del hambre, de las epidemias, de las guerras, en treinta y siete departamentos de los cincuenta y ocho existentes. No es necesario decir que los Colrat y Poincaré ingleses de la época miraban a la arruinada Francia con gran desprecio. ¿Qué quiere decir todo esto? Simplemente que la revolución es un método muy costoso para resolver las transformaciones de una sociedad. Pero la historia no ha inventado otro método. Los residuos de la revolución abren las puertas a un nuevo orden político, tras una gran catástrofe y un enorme despilfarro. En nuestro país, la revolución llegó precedida de la guerra, y nosotros no nos encontramos aún tras diez años de revolución (fijémonos en esto, también), sino tan sólo a comienzos del sexto año. Y nuestra revolución tiene un alcance muy superior al de la Revolución Francesa, que simplemente reemplazó una forma de explotación por otra, mientras que nosotros reemplazamos una sociedad que se apoyaba en la explotación del hombre por el hombre por una sociedad que se basa en la solidaridad humana. Los choques, ciertamente, fueron muy duros y causaron daños importantes al producirse fuertes destrucciones. Lo que más llama la atención son los gastos generales de la revolución. Sus grandes conquistas únicamente se realizan después de largos años, gradualmente.

Tuve, el otro día, la suerte de encontrarme con un discurso que se refiere precisamente a la cuestión que ahora nos ocupa. Fue pronunciado por un químico francés, Berthelot, hijo del célebre químico Pierre Berthelot, quien hablaba en cuanto miembro de la Academia de Ciencias. Desarrollaba una idea que cito según la referencia publicada en la revista *Le Temps*: “En todas las épocas de la historia, en el campo de las ciencias, y en el de la política o de lo social, existió el privilegio espléndido y terrible de las luchas armadas con el fin de precipitar, a través de la sangre y el fuego, el nacimiento de los nuevos tiempos.” Es evidente que pensaba en las guerras. Pero es cierto que éstas, cuando servían a la causa de las clases revolucionarias, estimularon también enormemente el desarrollo histórico; cuando servían a los opresores (lo que ocurre a menudo) daban un impulso al movimiento de los oprimidos. Su declaración se aplica más directamente a la revolución: Las “luchas armadas” entre clases originan grandes pérdidas, pero también el nacimiento de los “nuevos tiempos”. Deducimos de ello que los gastos de la revolución no son en vano (no son falsos gastos, como dicen los franceses). Pero no se pueden exigir los dividendos antes de que se cumplan los plazos de pago. Es necesario pedir a nuestros amigos cinco años más aún. De este modo, diez años después de la revolución, es decir el año en que Napoleón apuntaba rigurosamente los sacos de harina para alimentar París,

mostraremos la superioridad del socialismo sobre el capitalismo en el campo económico, y esto no por medio de argumentos teóricos sino por medio de hechos rigurosos, y esperamos que para entonces sean muy elocuentes.

¿Pero no queda, mientras se avanza hacia esos éxitos futuros, algún peligro de que nuestro régimen sufra la degeneración capitalista, precisamente debido al estado desolador de nuestra industria en el momento actual? El campesinado ha recogido este año, como ya he indicado, más o menos tres cuartos de la cosecha de preguerra. La relación recíproca entre la ciudad y el campo se encuentra invertida, en perjuicio de la ciudad. En estas condiciones, la industria de estado no podría proporcionar al campesino un producto equivalente por sus cereales, y los excedentes agrícolas lanzados al mercado proporcionarían una base de acumulación capitalista privada. Naturalmente, el razonamiento es justo; en el fondo, las relaciones de mercado tienen una lógica propia sin preocuparse de las metas que nos proponemos al restaurarlas. Es importante, sin embargo, establecer correlaciones cuantitativas. Si el campesinado lanzase toda su cosecha al mercado, esto tendría consecuencias desastrosas para el desarrollo socialista, a causa del debilitamiento de nuestra industria. En realidad, el campesinado produce para su propio consumo. Además, debe pagar este año trescientos cincuenta millones de impuestos en especie. El campesinado no llevará al mercado su excedente hasta que haya satisfecho sus necesidades personales y pagado los impuestos. En conjunto no supondrá más de cien millones el próximo año. Una parte importante, si no decisiva, de este excedente de cien millones será comprado por las cooperativas de distribución y las instituciones estatales. De este modo, la industria de estado quedará equilibrada no por la economía campesina en su conjunto, sino únicamente por una parte de ésta, en cierta medida insignificante, como es la parte de la producción lanzada al mercado. Únicamente ella, o más exactamente una fracción de esta parte del campesinado, es la que se convierte en una fuente de acumulación capitalista privada. Aumentará en el futuro. Paralelamente a ello, la productividad de la industria de estado unificada aumentará también. No hay ninguna razón para concluir diciendo que el crecimiento de la industria de estado será menor que la productividad y prosperidad de la agricultura. Veremos ahora cómo las perspicaces y profundas críticas de los señores de la Segunda Internacional y media se basan principalmente en la ignorancia y la incomprensión de las relaciones económicas rusas más elementales, las cuales han sido modeladas conforme a las condiciones concretas de tiempo y espacio.

La crítica socialdemócrata

Con motivo de nuestro cuarto aniversario, es decir, el pasado año, Otto Bauer consagró un panfleto entero a nuestra economía. En él, Bauer recapitula de un modo elegante y melifluo cuanto nuestros enemigos fantasmas en el campo socialdemócrata tenían costumbre de decir, la boca espumeante, acerca de nuestra política económica. En primer lugar, para él, es una “capitulación ante el capitalismo”, y precisamente esto es lo que es adecuado y realista. (Estos señores ven invariablemente el realismo de este modo: caer a los pies de la burguesía a la primera ocasión). Continúa diciéndonos que el resultado final de nuestra revolución no será otro que el establecimiento de una república democrática burguesa y que esto ya lo predecía en 1917. Sin embargo, debemos recordar que en 1919 las predicciones de este achaparrado héroe de esa internacional fueron realizadas en un tono muy diferente. En esa época, hablaba del hundimiento del capitalismo y del comienzo de una época de revolución social. Pero incluso el más loco de la tierra se negaría a creer que, si el capitalismo se acercaba a su fin, la época de florecimiento de la Rusia soviética dirigida por la clase obrera se encontrase al alcance de la mano.

Ocurrió que, en 1917, cuando Otto Bauer todavía conservaba la fe austromarxista en la permanencia del capitalismo y de la monarquía de los Habsburgo, escribió que la revolución rusa debía terminar en el establecimiento de un estado burgués. El oportunismo socialista siempre es impresionista en política. Asustado por la revolución admitió en 1919, enrojeciendo, que el capitalismo se hundía y que el período de la revolución social estaba al alcance de la mano. Puesto que ahora, Dios sea alabado, la marea de la revolución baja, nuestro oráculo vuelve a caer rápidamente en su profecía de 1917. Tiene, ya lo sabemos, dos profecías disponibles, según convenga. (*Risas.*) Bauer llega a la conclusión siguiente: “Lo que vemos restaurarse en Rusia es una economía capitalista, dominada por una nueva burguesía, descansando sobre millones de campesinos; una economía capitalista a la cual la legislación y la administración del estado se ven forzadas, con mejor o peor cara, a adaptarse”. ¿Comprenden ahora lo que representa la Rusia soviética? Hace un año, este señor proclamaba el dominio de la economía y del estado por la nueva burguesía. Las empresas alquiladas, pobremente equipadas y que emplean 50.000 obreros, contra un millón de obreros empleados por las mejores empresas de estado. Para Bauer, esto es “una capitulación del poder soviético ante el capital industrial”. Para sostener sus afirmaciones, tan estúpidas como cínicas, mediante una justificación histórica necesaria, afirma: “Tras una prolongada duda, el gobierno soviético ha decidido reconocer las deudas zaristas con el extranjero”. En pocas palabras, ¡de una capitulación a otra!

Puesto que a muchos camaradas no les gustan los detalles vagos de nuestra historia, dejadme recordaros que el 4 de febrero de 1919 hemos hecho las siguientes propuestas por la radio a todos los gobiernos capitalistas:

- 1.- Ofrecemos reconocer las deudas extranjeras contraídas por Rusia.
- 2.- Ofrecemos nuestras materias primas como garantía del pago de deudas e intereses.
- 3.- Ofrecemos realizar concesiones según acuerdos.
- 4.- Ofrecemos concesiones territoriales bajo la forma de ocupación militar de ciertas partes del territorio por las tropas de la Entente, o por las de agentes rusos.

Hemos propuesto estos puntos al mundo capitalista el 4 de febrero de 1919 a través de la radio, con la condición de que nos dejaran en paz. Las hemos repetido en abril, con más detalles, al plenipotenciario oficioso americano. ¿Cómo se llamaba? (*Risas.*) ¡Ah, sí, Bullit, eso es! Y bien, camaradas, si comparáis estas propuestas con las que nuestros representantes han rechazado durante las reuniones de Ginebra y de La Haya, veréis que nuestra dirección no ha ampliado las concesiones, sino que, por el contrario, ha defendido con mayor firmeza nuestras conquistas revolucionarias. En este momento no reconocemos ya deuda alguna. No ponemos ya en prenda, y no lo haremos más, nuestras materias primas como garantía. Somos muy prudentes en materia de concesiones; y, por ningún motivo, no toleraremos la presencia de tropas en nuestros territorios. Se han producido algunos cambios desde 1919.

Hemos sido informados ya por Otto Bauer que la dirección de este desarrollo global tiende a la “democracia”. Este alumno de Kautsky y profesor de Márkov nos da la siguiente lección: “Una vez más ha sido confirmado que un derrocamiento de la base económica debe ser seguido por un derrocamiento de la superestructura política”. Es completamente cierto que entre la base económica y la superestructura política existe en sus partes y en la totalidad la interrelación indicada por Bauer. Pero, en primer lugar, la base económica de la Rusia soviética no se ha modificado del modo descrito por Otto Bauer, ni del modo deseado por Leslie Urquhart, cuyas ideas sobre este tema, debemos recordarlo, van más lejos que las de Bauer. La base económica cambia hacia relaciones

capitalistas, pero estos cambios se producen a tal velocidad y en tal escala que excluyen el peligro de perder el control político de este proceso económico.

Desde el punto de vista político, el problema se reduce a esto: la clase obrera en el poder ofrece importantes concesiones a la burguesía. Pero queda mucho camino desde este punto a la “democracia”, es decir, al paso del poder a las manos de los capitalistas (para alcanzar esta meta, la burguesía necesitaría de un derrocamiento contrarrevolucionario repleto de éxitos. Para tal derrocamiento debe disponer de las correspondientes fuerzas. Sobre este punto la burguesía nos ha enseñado algo. Durante el siglo XIX no hizo otra cosa que alternar represiones y concesiones. Las concesiones estaban dirigidas hacia la pequeña burguesía, el campesinado y la clase obrera superior, pero explotaba sin piedad a las masas trabajadoras. Estas concesiones eran de carácter político o económico, o incluso una combinación de ambas. Fueron siempre actos de la clase dominante que tenía el poder del estado. Ciertas experiencias de la burguesía en este campo parecían a primera vista aventuradas, como la introducción del sufragio universal. Marx, refiriéndose a la limitación legal de la jornada de trabajo en Inglaterra, afirma que permitió a un nuevo principio implantarse victoriosamente. ¿Qué principio? El de la clase obrera. Pero, todos lo sabemos, quedaba un largo camino para pasar de la victoria parcial de este principio a la conquista del poder político por la clase obrera inglesa. La burguesía dominante hizo entrega de ciertas concesiones, pero ella conservaba el control de la deuda pública y del crédito estatal. Sus políticos decidían cuáles eran las concesiones que debían ser acordadas, no solamente sin poner en peligro su dominio del poder, sino asegurando a través de ellas la férrea dirección burguesa.

Nosotros, marxistas, hemos dicho más de una vez que la burguesía había cumplido su misión histórica. Mientras tanto, seguía conservando el poder. Esto quiere decir que la interrelación entre la base económica y la superestructura política no es completamente lineal. Tenemos un régimen que se mantiene desde decenios, tras haber llegado a un conflicto evidente con las necesidades del progreso económico. ¿Qué motivos teóricos pueden asegurar que las concesiones acordadas por el estado obrero a las relaciones burguesas pueden y deben automáticamente reemplazar el estado obrero por un estado burgués? Si, como parece ser, es cierto que el capitalismo está agotado a escala mundial, ello sólo prueba el papel histórico progresivo del estado obrero. Las concesiones que ha acordado para la burguesía únicamente representan un compromiso dictado por las dificultades del desarrollo, él mismo predeterminado y asegurado por la historia. Es natural que, si crecieran hasta el infinito, se multiplicaran y acumularan, si comenzamos a alquilar grupos de empresas nacionalizadas, si comenzamos a acordar concesiones a ramas esenciales de la industria minera y del transporte ferroviario, si nuestra política continúa por la vía de las concesiones durante varios años, llegaría a existir inevitablemente una época de degeneración económica que daría lugar al hundimiento de la superestructura política. Hablo de “hundimiento” y no de “degeneración” porque sólo a través de una guerra espantosa puede el capitalismo arrancar el poder de las manos del proletariado comunista.

Quien plantea esta cuestión supone que la burguesía europea y mundial se mantendrán fuertes y eternamente. En pocas palabras, todo se reduce a esto. Reconociendo, por una parte, que el capitalismo, y especialmente en Europa, ha sobrevivido y frena el progreso histórico; expresando, por otra parte, la afirmación de que la evolución de la Rusia soviética debe inevitablemente terminarse con un triunfo de la democracia burguesa, los teóricos socialdemócratas caen en una contradicción banal y lamentable, debido a su espíritu confuso, poco ágil y superficial. Nuestra nueva política económica está calculada para unas condiciones muy específicas de espacio y tiempo. Es la política de un estado obrero que se mantiene rodeado por el capitalismo y que apuesta

por el desarrollo revolucionario en Europa. Hacer actuar las categorías de capitalismo y de socialismo, y las superestructuras políticas correspondientes, para decidir acerca del destino de la república soviética, muestra la incapacidad absoluta de comprensión de las condiciones propias de una época de transición. Es una disquisición escolástica y no marxista. Jamás hay que excluir el factor tiempo de los cálculos económicos. Si pensáis que el capitalismo continuará existiendo en Europa durante cincuenta años o un siglo, y que la Rusia soviética deberá ajustar su política económica al capitalismo, la cuestión queda automáticamente resuelta. Porque, asegurando esto, suponéis por adelantado el hundimiento de la revolución proletaria en Europa y el comienzo de una nueva época de renacimiento capitalista. ¿Cuáles serían entonces vuestros motivos? Desde que Otto Bauer ha descubierto síntomas milagrosos de una resurrección capitalista en la vida austriaca actual, se habla de predestinación para la Rusia soviética. No vemos aún milagro alguno, y en absoluto creemos en ellos.

Para nosotros, una perpetuación de la dirección de la burguesía europea en el mundo actual, durante algunos decenios, no significaría el florecimiento del capitalismo, sino una decadencia económica y la descomposición de su cultura en Europa. Tal variante del desarrollo histórico arrastraría a la Rusia soviética a un abismo. En este caso, nuestro país o bien pasaría a la “democracia” o bien sufriría una decadencia. Pero no tenemos aún motivos para enrolarnos bajo el estandarte de la filosofía de Spengler. Contamos enormemente con el desarrollo revolucionario en Europa. La nueva política económica es simplemente nuestro modo de adaptarnos al ritmo de desarrollo que conocemos. Otto Bauer siente en sí mismo, y con cierta inquietud, que el régimen de la democracia capitalista no sigue directamente los cambios que nuestra economía ha conocido. Por esta nos pide, con palabras conmovedoras, que prestemos ayuda al desarrollo de la tendencia capitalista contra la tendencia socialista. Escribe: “La reconstrucción de la economía capitalista no puede ser efectuada bajo la dictadura del partido comunista. El nuevo curso económico reclama un nuevo curso político”. ¿No es algo conmovedor que hace saltar las lágrimas? El mismo individuo que ha proporcionado una maravillosa ayuda económica y política al florecimiento de Austria... (*risas*) es quien nos exhorta de este modo: “Tened cuidado, por el amor de Dios; el capitalismo no puede florecer bajo la dictadura de vuestro partido”. (*Risas y aplausos.*)

En nuestro país, las concesiones al capitalismo han sido hechas por el partido comunista, en cuanto dirigente del estado obrero. En este momento, se llevaba a cabo en nuestra prensa una amplia discusión a favor y en contra de la concesión que debe ser acordada a Leslie Urquhart. La cuestión está planteada. Esta discusión quiere clarificar las posturas y las precisiones materiales concretas del contrato, y estimar el papel que jugaría en el sistema económico soviético. ¿Es excesiva la concesión? ¿Penetrará, a su través, profundamente sus raíces el capitalismo en el corazón de nuestra economía industrial? Existen posiciones a favor y en contra. ¿Quién decide? El estado obrero. Naturalmente, la nueva política económica supone una enorme concesión a las relaciones burguesas e incluso a la burguesía. Pero, en todo caso, somos nosotros quienes determinamos los límites de esta concesión. Damos el acuerdo y continuamos siendo los dueños. La llave de la puerta sigue estando en nuestras manos. El estado es un factor primordial de la vida económica, y no tenemos ninguna intención de que se deslice de nuestros dedos.

La situación mundial y las perspectivas revolucionarias

Vuelvo a decirlo. La profecía socialdemócrata referente a las consecuencias de nuestra nueva política económica deriva totalmente de la concepción según la cual la revolución proletaria en Europa carece de esperanzas en un período histórico próximo.

No podemos impedir a estos señores que sean pesimistas respecto al proletariado y optimistas respecto a la burguesía. Estos son los llamamientos históricos de la Segunda Internacional. No vemos ninguna razón para tener dudas o para modificar el análisis de la situación mundial formulado por las tesis adoptadas por el Tercer Congreso de la Internacional Comunista².

Desde hace dieciocho meses, el capitalismo no ha dado siquiera un paso para restablecer su equilibrio, totalmente alterado debido a la guerra y sus consecuencias. Lord Curzon, ministro inglés de asuntos exteriores, habló el 9 de noviembre, día del aniversario de la república alemana, realizando un buen resumen de la situación internacional. No sé si muchos de ustedes han tenido ocasión de leer este discurso; por ello citaré algunos párrafos muy interesantes y que merecen ser conocidos. Dijo: “Todos los poderes han salido de la guerra con sus energías fatigadas y rotas. Nosotros [ingleses] sufrimos una pesada carga de impuestos que pesan sobre la industria de nuestro país. Tenemos gran número de parados en todas las ramas de la producción. En cuanto a Francia, sus deudas son inmensas y no puede obtener el pago de las indemnizaciones de guerra [...] Alemania se encuentra en plena inestabilidad política y su vida económica se halla paralizada por una crisis económica y monetaria espantosa. Rusia queda todavía al margen de las naciones europeas. Se encuentra bajo la bandera comunista [Curzon no parece estar en total acuerdo con Otto Bauer (*Risas*)] y continúa llevando a cabo una constante propaganda sobre todo el mundo [lo que ciertamente es falso (*Risas*)]. Italia [continúa diciendo] ha atravesado un gran número de choques y crisis gubernamentales [yo no diría que ha atravesado, sino que atraviesa todavía (*Risas*)], el Oriente Próximo se encuentra en un caos absoluto. La situación es terrible”.

Incluso para nosotros, comunistas rusos, sería muy difícil ofrecer una visión propagandística de la situación mundial más apropiada que la que ofrece Curzon. “la situación es terrible”. Con ocasión del quinto aniversario de la república soviética, he aquí lo afirmado con fuerza por el de más autoridad de entre quienes detentan el poder: “La situación es terrible”. Y tiene razón. La sola y única cuestión que queda, por consiguiente, es la revolución, porque es necesario salir de esta situación. Un corresponsal italiano me pidió muy recientemente que evaluara la situación mundial actual. Le di la siguiente respuesta, que es, permítanme que lo diga, más bien banal: “La burguesía ya no es capaz de conservar el poder (lo que, hace algunos minutos, según leíamos, ha sido confirmado por Curzon), mientras que la clase obrera es aún incapaz de tomar el poder. Ello es lo que determina el carácter infausto de nuestra época”. Tal era el núcleo de mis puntualizaciones.

Hace tres o cuatro días, un amigo me envió de Berlín un recorte de uno de los últimos números de *Freiheit*, anterior a su cambio. La rúbrica se titula: “La victoria de Kautsky sobre Trotsky”. (*Risas*.) Declara que el *Rote Fahne* no puede armarse de valor suficiente para hablar de mi capitulación ante Kautsky. Pero, como podéis verlo, camaradas, *Rote Fahne* nunca fue lento en atacarme, incluso cuando tenía razón (de todos modos, esta historia pertenece al Tercer Congreso Mundial y no al Cuarto). (*Gritos de aprobación y risas*). Bien, dije al periodista italiano: “Los capitalistas son incapaces de gobernar, mientras que los obreros no son todavía capaces de hacerlo. Es el carácter de nuestra época”. Mientras que *Freiheit*, de bendita memoria, comenta lo que sigue: “Lo que Trotsky adelanta aquí como idea personal es la opinión expresada con anterioridad por Kautsky”. De este modo, soy culpable de plagio. Es un alto precio para una entrevista banal. Me veo obligado a decir que conceder entrevistas no es una obligación agradable,

² *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, en nuestra serie *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*, páginas 116-127 del formato pdf.

y que aquí, en Rusia, nunca somos entrevistados por ocurrencia propia, sino siempre bajo las órdenes estrictas del camarada Chicherin. Dense cuenta que el campo de la nueva política económica, aunque hayamos renunciado al centralismo excesivo, quedan, sin embargo, centralizados en Rusia algunos detalles. En cualquier caso, todas las órdenes de entrevistas se centralizan en el ministerio de asuntos exteriores (*Risas*), y dado que las entrevistas son obligatorias, aparecen en ellas naturalmente las banalidades más viejas y mejor escogidas. Permítanme decirles que, en este caso particular, jamás pensé que afirmar que nuestra época tenía un carácter de transición era una invención original mía. Ahora me entero, si se puede creer en *Freiheit*, que el padre espiritual de este aforismo no es otro que Kautsky. Si realmente lo es, sería un castigo muy severo por mi entrevista. En efecto, el tal Kautsky dice y escribe ahora cosas cuyo único y manifiesto fin es demostrar que el marxismo es una cosa y una ciénaga otra.

He dicho y repito que el proletariado europeo es, en el momento actual, incapaz de conquistar el poder, lo cual es un hecho innegable. Pero, ¿por qué es así? Precisamente porque sectores de la clase obrera no se han desembarazado de la podrida influencia de ideas, prejuicios y tradiciones cuya quintaesencia es el kautskismo (*Risas*). Estas son las razones exactas de la indecisión política del proletariado y de su incapacidad para conquistar el poder. Era precisamente esta idea la que había querido expresar al corresponsal italiano. No mencioné el nombre de Kautsky, pero, para cualquier persona inteligente, debía ser evidente saber contra qué y contra quién se dirigían mis ataques. Esta fue mi “capitulación” ante Kautsky. La Internacional Comunista no tiene ningún motivo para capitular ante nadie, y esto tanto a niveles prácticos como teóricos. Las tesis del Tercer Congreso sobre la situación mundial caracterizaban los rasgos fundamentales de nuestra época con la misma corrección con que caracterizaban las grandes crisis del capitalismo. En el Tercer Congreso hemos insistido mucho en la afirmación de que era preciso distinguir entre las crisis coyunturales y las básicas, siendo cada una de ellas una etapa necesaria del ciclo comercial e industrial. Pero permitidme recordar que existió una amplia discusión sobre este punto entre las delegaciones al congreso, durante las sesiones plenarias. Hemos defendido el siguiente punto de vista ante un numerosísimo grupo de camaradas: debemos hacer una neta distinción en el desarrollo histórico del capitalismo, entre dos curvas, que son, respectivamente, la curva fundamental que traza el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas, el crecimiento de la productividad del trabajo, la acumulación de la riqueza, etc., y la curva cíclica que describe una ola periódica de prosperidad y de crisis, repitiéndose aproximadamente cada nueve años. La correlación entre ambas curvas no ha sido elucidada aún en la literatura marxista, y tampoco, al menos, que yo sepa, en la literatura económica en general. Sin embargo, la cuestión es de primordial importancia, tanto teórica como prácticamente³. A mediados del siglo XIX, la curva fundamental del desarrollo económico subió vertiginosamente. Alcanzó su cima en Europa. En 1914, la crisis estalla, lo que marca no solamente una oscilación cíclica periódica, sino también el comienzo de un período de estancamiento económico prolongado.

La guerra imperialista fracasó en su intento de romper este “impasse”, y continuó la profunda crisis del capitalismo, agravándose incluso; en el marco de esta crisis histórica, los ciclos de altas y bajas son inevitables, es decir, que existe un alternarse de épocas de prosperidad y de crisis, pero con la característica de que, en contraste con el período de preguerra, las crisis cíclicas son extraordinariamente amplias, mientras que las olas de prosperidad son más débiles y superficiales. En 1920, en el marco de la decadencia capitalista general, se produjo una crisis cíclica interna. Ciertos camaradas, tales como

³ L. Trotsky, *La curva del desarrollo capitalista Carta a los editores en lugar del artículo prometido*, en esta misma serie de nuestras EIS.

los “izquierdistas”, mantenían que esta crisis debía hacerse ininterrumpidamente más profunda y avivar la revolución proletaria. Pero, en la opinión contraria, predijimos que en un futuro próximo se preveía inevitablemente una ruptura en la coyuntura económica, que aportaría un restablecimiento parcial. Insistimos diciendo que tal ruptura de la coyuntura no debilitaría al movimiento revolucionario, sino que, por el contrario, le proporcionaría una nueva vitalidad. La cruel crisis de 1920, llegando tras un fermento revolucionario de muchos años, pesó muy duramente sobre las masas obreras, engendrando en ellas temporalmente posturas de espera pasiva o incluso desesperada. En una situación como ésta, la mejoría de la coyuntura económica habría dado nuevamente confianza a las masas y reanimado la lucha de clases. Ciertos camaradas pensaban realmente entonces que el proletariado reflejaba la desviación hacia el oportunismo y una tendencia a encontrar excusas para retrasar indefinidamente la revolución. Las actas de la Convención de Ginebra del partido alemán están repletas de estas ideas ingenuas.

Intentemos, camaradas, comprender dónde nos encontraríamos actualmente si hubiéramos respondido y aceptado, hace año y medio, esta teoría izquierdista puramente mecanicista, diciendo que la crisis comercial iba de mal en peor. Reconocen actualmente todas las personas sensatas la ruptura que ha existido en la coyuntura. En los Estados Unidos, el mayor poder de todos los países capitalistas, es evidente una ola de prosperidad industrial. En Japón, en Inglaterra, en Francia, la mejoría de la coyuntura económica es mucho menos flagrante, pero también en estos casos existe una ruptura. ¿Cuánto tiempo durará esta ola? ¿Qué altura alcanzará? Esta es otra cuestión. No debemos olvidar un solo momento que la mejoría de la coyuntura tiene lugar en plena decadencia del capitalismo internacional y, sobre todo, del capitalismo europeo. Las causas básicas de tal decadencia no se han visto afectadas por los cambios coyunturales. Nos hubiéramos encontrado en la obligación de reexaminar teóricamente nuestra concepción fundamental, así como el carácter revolucionario de nuestra época.

Si, hace año y medio, no hicimos concesiones a los “izquierdistas”, que confundían la crisis histórica del capitalismo y las oscilaciones cíclicas del comercio, y que reclamaban la adopción de la perspectiva metafísica que afirmaba que una crisis era, sin necesidad de otras condiciones, un factor revolucionario, no tenemos ninguna razón actualmente para revisar o modificar nuestra postura. Jamás hemos calificado nuestra época de revolucionaria porque la crisis coyuntural de 1920 barriera la fastidiosa ola de prosperidad de 1919. La pensamos revolucionaria basándonos en nuestra evaluación general del mundo capitalista y de las fuerzas revolucionarias, fundamentalmente opuestas. Para no perder esta lección, debemos reafirmar que las tesis del Tercer Congreso son absolutamente aplicables en la actualidad. La idea fundamental que subraya las decisiones del Tercer Congreso es la siguiente: tras la guerra, las masas fueron captadas por las posibilidades revolucionarias, y desearon ardientemente una lucha abierta. Pero ningún partido revolucionario fue capaz de dirigirlas a la victoria, de donde procede la derrota de las masas revolucionarias de numerosos países, las sensaciones depresivas y la pasividad.

En la actualidad existen en todo el mundo partidos revolucionarios, pero reposan sobre una parte de la clase obrera; de hecho, una minoría de ésta. Los partidos comunistas deben conquistar la confianza de la mayoría, pero la clase obrera, antes de ser convencida, a través de la experiencia, de la corrección, de la firmeza, de la honestidad de la dirección comunista, deberá desprenderse de la desilusión, de la pasividad, de la molición. Entonces llegará el momento del asalto. ¿Ocurrirá pronto? Nosotros no nos apresuramos. El Tercer Congreso ha fijado la tarea de esta hora: luchar por influir en la mayoría de la clase obrera. Un año y medio después hemos alcanzado, sin duda, grandes éxitos, pero aún queda la tarea de conquistar la confianza de la aplastante mayoría de los trabajadores. Esto puede

y debe ser conseguido a lo largo de la lucha de las reivindicaciones transitorias mediante la consigna del frente único obrero.

Actualmente, el movimiento obrero mundial se enfrenta con una ofensiva capitalista. Pero en un país como Francia, donde hace año y medio el movimiento obrero atravesaba un período de estancamiento total, somos testigos de la radicalización actual de las masas. A pesar de una dirección insuficiente, las huelgas son más frecuentes en Francia. Adquieren un carácter muy intenso, lo que es prueba del crecimiento de la capacidad de lucha de las masas obreras. La lucha de clases se incrementa y se aviva gradualmente. La ofensiva capitalista encuentra su complemento en la concentración de poder en manos de los elementos burgueses más reaccionarios. Se constata, sin embargo, que, al tiempo que lleva a cabo una lucha de masas más firme, la opinión pública burguesa, con la aprobación tácita de la clase dirigente, prepara una nueva orientación hacia la izquierda, hacia los engaños reformistas y pacifistas.

En Francia, lugar donde el bloque nacionalista ultrarreaccionario dirigido por Poincaré se encuentra en el poder, se prepara simultánea y sistemáticamente una victoria del “bloque de izquierdas”, incluyendo naturalmente a los socialistas. En Inglaterra están en marcha las elecciones. Llegan mucho antes de lo que se pensaba porque el gobierno de coalición de Lloyd George se ha hundido. Aún se desconoce el resultado de las mismas. Existe una posibilidad de que el grupo ultraimperialista precedente no vuelva al poder. Pero, si gana, su reinado será breve. En Francia e Inglaterra se prepara una nueva orientación parlamentaria de la burguesía. El imperialismo, los métodos agresivos del Tratado de Versalles, de Foch, Poincaré y Curzon han caído en un “impasse”. Francia no puede robar a Alemania lo que ésta no tiene; también ella es incapaz de pagar sus deudas. El foso entre Inglaterra y Francia se hace más ancho. América se niega a renunciar al pago de las deudas.

Entre las masas intermedias de la población, sobre todo entre la pequeña burguesía, las tendencias reformistas y pacifistas crecen cada día más. Debería firmarse un acuerdo entre Alemania y Rusia, debería ampliarse la Sociedad de las Naciones. Los presupuestos militares deberían reducirse; debería concederse un préstamo a Alemania, y así sucesivamente. Las ilusiones de la guerra y de la defensa, las ideas y consignas nacionalistas y chovinistas, las esperanzas que son los frutos de la victoria, en fin, las ilusiones que, digamos, acapararon a una gran parte de la clase obrera en los países de la Entente, dejan paso a reacciones más matizadas, a la desilusión. En ello se encuentra el lugar de nacimiento del “bloque de izquierdas” en Francia, del Partido Laborista y de los liberales independientes en Inglaterra. Sería ciertamente falso esperar un cambio serio de política, teniendo en cuenta la orientación reformista pacifista de la burguesía. Las condiciones objetivas del mundo capitalista actual son menos apropiadas al reformismo y al pacifismo. Pero es muy probable que el fundamento de estas ilusiones deba ser experimentado prácticamente antes de que pueda ser posible la victoria de la revolución.

Hemos tratado únicamente este punto en relación con los países de la Entente. Pero es evidente que, si los radicales y los socialistas asumen el poder en Francia, mientras que los oportunistas laboristas y liberales independientes forman el gobierno inglés, ello provocará en Alemania una nueva corriente de esperanzas de conciliación y de paz. Parecería posible que pudiera llegarse a un acuerdo con los gobiernos democráticos de Inglaterra y Francia; que se obtuviera una moratoria o incluso una anulación de los pagos; que fuera concertado un crédito por América con la cooperación de Inglaterra y Francia, etc.... ¿No son los socialdemócratas alemanes los que se encuentran en las mejores condiciones para llegar a un acuerdo con los radicales y socialistas franceses, y con los laboristas ingleses? Ciertamente, los acontecimientos pueden tomar un sesgo más cortante. No está excluido que el problema de las indemnizaciones, el imperialismo

francés y el fascismo italiano conduzcan a un declinar revolucionario y quiten a la burguesía la oportunidad de hacer avanzar al izquierdismo. Pero existen otras indicaciones muy numerosas que prueban que la burguesía tendrá que recurrir a cierta orientación reformista y pacifista antes de que el proletariado se encuentre preparado para el asalto definitivo. Esto significaría que se instala el periodo del kerenskysmo europeo. Sería muy conveniente evitarlo. El kerenskysmo a escala mundial no es un plato de buen gusto. La elección de los caminos de la historia depende de nosotros en cierta medida. Ahora bien, debemos aceptar el kerenskysmo europeo, como hemos aceptado en cierta época el kerenskysmo ruso. Nuestra tarea consistirá en transformar la época de los engaños reformista y pacifista, en un período que es un preludio a la conquista del poder por el proletariado revolucionario. En nuestro país, el kerenskysmo duró nueve meses. ¿Cuánto tiempo permanecerá en vuestros países? Pero esto presupone que pueda existir y desarrollarse un día, lo que en absoluto está probado. Evidentemente, es, imposible responder ahora a tal cuestión. Depende del modo como sean liquidadas las ilusiones reformistas y pacifistas, es decir, de la habilidad con que maniobren los kerenskystas, porque, al contrario que nosotros, saben cómo crecer y multiplicarse. Pero es preciso también ver la energía, la resolución e inflexibilidad con que nuestro partido sea capaz de maniobrar. Es evidente que la época de los gobiernos reformistas y pacifistas ejercerá una presión creciente sobre las masas trabajadoras. Nuestra tarea consistirá, en ese caso, en dominar esta presión y superarla.

Pero, para llegar a este punto, nuestro partido debe entrar en un período pacifista, completamente purgado de ilusiones reformistas y pacifistas. Pobre partido comunista el que se encuentre, de algún modo, ahogado por la ola pacifista... El naufragio inevitable de las ideas pacifistas significaría simultáneamente el naufragio de este partido. La clase obrera se vería obligada, una vez más, como en 1919, a buscar un partido que no tratara de desilusionarla. Por esta razón la tarea fundamental que nos incumbe en una época de preparación revolucionaria es controlar nuestras filas y limpiarlas de elementos extraños. Un camarada francés, llamado Trossard, dijo un día: “El partido es la gran amistad”. Esta frase fue repetida a menudo. Es imposible dejar de reconocer que es atractiva y que, hasta ciertos límites, cada uno de nosotros está dispuesto a aceptarla. Pero es necesario igualmente tener en cuenta que el partido no se convierte bruscamente en esta gran amistad, sino que se transforma en gran colaboración tras una profunda lucha exterior, y si es preciso interior; es decir, a través de la depuración de sus filas, la selección cuidadosa y sin piedad por parte de los mejores elementos de la clase obrera, entregados en cuerpo y alma a la causa de la revolución. En otras palabras, antes de convertirse en una gran colaboración, el partido debe realizar una gran selección. (*Ovaciones*)

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es